

AL CRUZAR LOS LÍMITES DE LA HACIENDA. LA SOCIEDAD DEL AZÚCAR¹.

CROSSING THE BOUNDARIES OF THE FARM. THE SUGAR SOCIETY

Imilcy Balboa Navarro* y Amparo Sánchez Cobos**

ibalboa@his.uji.es

*Universitat Jaume I / **University of Windsor

En agosto de 1791, la isla de Saint Domingue se vio conmocionada por la sublevación de los esclavos que laboraban en las plantaciones de azúcar. Francisco de Arango y Parreño, a la sazón Apoderado del Ayuntamiento de La Habana en la corte madrileña, embargado por la compasión –hacia los plantadores franceses, no confundamos con los esclavos- aseguraba estar dispuesto a dar su sangre para “liberarlos del desastre”. Pragmático como pocos, la reservaría para una ocasión mejor, y analizando la situación “con ojos políticos” y como “buen patriota,” aprovechó la coyuntura para solicitar medidas que diesen a la “agricultura de la isla “ventaja y preponderancia sobre los franceses.”²

La sublevación de los esclavos en la colonia vecina se presentaba para los hacendados cubanos como una “preciosa ocasión de aumentar su agricultura.” El rechazo a la revolución y el temor a que se propagara en la isla el ejemplo de los esclavos haitianos, se veían disminuidos –o al menos desplazados, a pesar del discurso oficial- ante el futuro que vislumbraban asociado a la plantación.³

La plantación, según el concepto ya clásico ofrecido por E. Wolf y S. Mintz constituía:

“una propiedad agrícola operada por propietarios dirigentes (por lo general organizados en sociedad mercantil) y una fuerza de trabajo que les está supeditada, organizada para aprovisionar un mercado de gran escala por medio de un capital abundante y donde los factores de producción se emplean principalmente para fomentar la a acumulación de capital sin ninguna

-
1. *El presente texto se inscribe en los proyectos de investigación del Ministerio de Ciencia e Innovación (HAR 2009-07037) y Bancaixa-UJI (P1-1A 2008-08).
 2. “Representación hecha a Su Majestad con motivo de la sublevación de esclavos en los dominios franceses de la isla de Santo Domingo”, en FRANCISCO DE ARANGO Y PARREÑO, *Obras, Imagen Contemporánea*, La Habana, 2005, vol 1, p. 142.
 3. ADA FERRER, “Cuba en la sombra de Haití: noticias, sociedad y esclavitud,” M^a DOLORES GONZÁLEZ RIPOLL, *et al*, *El rumor de Haití en Cuba: Temor, raza y rebeldía, 1789-1844*, CSIC, Madrid, 2004, pp. 179-231.

relación con el status de los dueños.¹⁴

La revitalización de la agricultura pasaba entonces por obtener para Cuba ventajas similares a las que ya disfrutaban el resto de economías azucareras y esclavistas de las Antillas, donde la plantación ya exhibía las características definitorias de esta formación social.⁵

En tan solo dos meses –entre noviembre de 1791 y enero de 1792-, Arango escribiría su *Discurso sobre la agricultura en La Habana y medios de fomentarla*.⁶ Desde sus páginas reivindicaba las condiciones de la isla para dar el salto hacia la economía de plantación, mientras denunciaba las ataduras que impedían el desarrollo y reclamaba: más esclavos y libertad para colocar en el mercado lo producido. Y en efecto, desde la segunda mitad del siglo XVIII, podemos hablar de un crecimiento considerable de la producción de azúcar semejante al que exhibían Saint Domingue y Jamaica, los centros pioneros en la economía internacional del dulce. Durante estos años el número de ingenios creció de forma mantenida, en la década del noventa sobrepasaba las quinientas unidades y el millón de arrobas producidas. Cuba –como afirmó Manuel Moreno Fraginals- se consolidaba como futura “potencia azucarera”.⁷

En 1759 apenas habían sido censados en la jurisdicción de La Habana 88 ingenios, cuando los ingleses abandonaron la isla en 1763 existían 96 ingenios y 18 trapiches, para 1778 esta cifra se había elevado a 174 unidades. La coyuntura favorable a nivel internacional a partir de la Revolución de Haití disparó el valor del azúcar en los mercados internacionales en un ciento por ciento, los ingresos derivados, unido a las disposiciones que facilitaban la adquisición de tierras, esclavos y todo lo necesario – esto último gracias al comercio de neutrales y de contrabando- “excitaron un empeño, una emulación por fundar ingenios, que más bien podría llamarse furor”.⁸ Así entre 1796 y 1800 el total de ingenios creció de 228 a 308.⁹

4. ERIC WOLF Y SIDNEY MINTZ, “Haciendas y plantaciones en Mesoamérica y las Antillas,” en ENRIQUE FLORESCANO (coord.), *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina*, Siglo XXI, México, 1978, p. 493.
5. GLORIA GARCÍA, “Ensayo Introductorio, Traducción y modernidad en Arango y Parreño,” en FRANCISCO DE ARAIGO Y PARREÑO, *Obras*, vol 1, pp. 2-4.
6. “Discurso sobre la agricultura en La Habana y medios de fomentarla”, en FRANCISCO DE ARAIGO Y PARREÑO, *Obras*, vol 1, pp. 144-198.
7. MANUEL MORENO FRAGINLAS, *El Ingenio, Complejo económico social cubano del azúcar*, Ciencias Sociales, La Habana, 1978, tomo 1, p. 46. Gloria García, “El despegue azucarero de Cuba: la versión de Arango y Parreño”, en IMILCY BALBOA Y JOSÉ A. PIQUERAS (eds), *La excepción americana. Cuba en el ocaso de imperio continental*, Centro Francisco Tomás y Valiente UNED Alzira-Valencia, Fundación Instituto Historia Social, Valencia, 2006, pp. 155-158.
8. Informe de Diago Sedano, ex asesor general de la Intendencia de Hacienda al Capitán General Someruelo, La Habana, 19 de mayo de 1807, Archivo Nacional de Cuba (en adelante ANC), Real Consulado y Junta de Fomento (en adelante RCJF) Leg. 93, nº 3953. Ver también ERIC FRIEDLAENDER, *Historia Económica de Cuba*, Ciencias Sociales, La Habana, 1978, tomo 1, p. 130
9. MERCEDES GARCÍA, *Entre haciendas y plantaciones. Orígenes de la manufactura azucarera en La*

Las medidas adoptadas por el poder metropolitano bajo el Despotismo Ilustrado vendrían a allanar el camino escogido y pretendido. La política metropolitana, aún atendiendo a sus intereses particulares y sin perder de vista el vínculo colonial atendió algunas de las principales demandas de los sectores económicos emergentes. El llamado *boom* azucarero se benefició -entre otras cuestiones- de las disposiciones que decretaron la libertad del comercio y la trata de africanos, dos de las peticiones fundamentales que aseguraban a los productores isleños la comercialización del dulce y el suministro de brazos para el cultivo.¹⁰

En este sentido no fue menos importante otro elemento: la tierra. En esta época el volumen de las cosechas dependía no solo del número de brazos bajo el régimen de coerción física, sino también del área cultivada. El establecimiento y permanencia de los ingenios estaba íntimamente relacionada con la adquisición de nuevas tierras donde instalar las manufacturas, trasladar las antiguas o ampliar las existentes. A lo que habría que añadir la importancia de los bosques, fuente de materia prima y de terrenos vírgenes.¹¹

En esta coyuntura las cuestiones relacionadas con la propiedad adquirieron mayor relevancia. Y nos estamos refiriendo a la tierra como base y columna vertebral del desarrollo por la vía de la plantación. De ahí que precisamente durante esta etapa, coincidiendo con el *boom* azucarero, los hacendados se lanzaran a un nuevo proceso de “conquista” en el que entraron a disputar los terrenos de la corona, los espacios de las haciendas limítrofes y los dedicados a otros cultivos. Para consolidar el dominio, apelaron y utilizaron los postulados ilustrados que defendían el derecho a la propiedad, aspiración que se haría realidad en 1819. A partir de aquí, la plantación quedaba legitimada y con ella la gran propiedad en la isla.¹²

El dominio del suelo deviene así mismo en control de la vida social y económica del área ocupada. Es cierto que la plantación tiene en el medio rural su área natural, pero las relaciones impuestas por esta en su

Habana, Ciencias Sociales, La Habana, 2007, pp. 11-12.

10. Una visión actualizada sobre la influencia de la ilustración en JOSÉ A. PIQUERAS (ed.), *Las Antillas en la era de las Luces y la Revolución*, Siglo XXI, Madrid, 2005.
11. La importancia de los bosques REINALDO FUNES, *De bosque a sabana. Azúcar, deforestación y medio ambiente en Cuba: 1492-1926*, Siglo XXI, México, 2004, pp. 70-71.
12. Sobre este proceso IMILCY BALBOA, “El asalto a los realengos en Cuba, 1750-1839,” en I. BALBOA Y JOSÉ A. PIQUERAS (eds), *La excepción americana. Cuba en el ocaso de imperio continental*, Centro Francisco Tomás y Valiente UNED Alzira-Valencia, Fundación Instituto Historia Social, Valencia, 2006, pp. 55-78. Ver además VICENT SANZ ROZALÉN, “De la concesión de mercedes a los uso privativos. Propiedad y conflictividad agraria en Cuba (1816-1819)” e I. BALBOA, “Las luces en la agricultura. Redistribución y legitimidad de la propiedad agraria. Cuba 1790-1837,” en JOSÉ A. PIQUERAS (ed), *Las Antillas en la era de las Luces y la Revolución*, pp. 258-262 y pp. 215-245 respectivamente.

interior, traspasan los límites de la finca para impregnar la sociedad en su conjunto.

La plantación aparece representada en su carácter dual como una unidad de producción y una unidad social.¹³ Con relación al primero, Gloria García destaca que el patrón de organización social de la producción, viene determinado por: a) la extensión superficial de las fincas, b) el destino mercantil de su producción y c) el tipo de cosecha principal a que se dedican. Como la “plantación es un negocio, no una sociedad” la estructura poblacional interna se subordina a la producción en tanto se necesitan trabajadores, no pobladores. Sin embargo, los nexos sociales que vinculan a sus componentes humanos no se constriñen solo al proceso de producción, también traspasan la esfera productiva, pues “la convivencia estable presupone la realización de actividades que desbordan ampliamente esta esfera.”¹⁴

Se produce entonces una reordenación del entorno, que termina siendo asimilado como parte de un mismo mecanismo, donde se entrecruzan nexos de diversa índole que alcanzan a los trabajadores libres de los ingenios, a los campesinos dedicados a los cultivos de subsistencia e incluso se extienden a las áreas urbanas y afectan a la sociedad en su conjunto.¹⁵ La congregación de las grandes plantaciones en zonas específicas, determinadas por su cercanía a los mercados o las vías de transporte, termina dividiendo la isla en dos grandes polos. El Occidente azucarero y el centro oriente dedicado a la explotación pecuaria donde apenas penetró el cultivo de la caña y las unidades que se fundaron fueron más pequeñas y atrasadas tecnológicamente.¹⁶

Lo anterior no constituyó un obstáculo para que las relaciones sociales inherentes a la plantación se extendieran a toda la isla. En la medida que la producción de azúcar deviene en base y centro de la economía insular, el microcosmo socioeconómico acotado por los límites de la hacienda, expande sus elementos intrínsecos a las localidades cercanas y llegan a los centros urbanos donde condicionan su estructura social. “Tanto es así –nos advierte José A. Piqueras- que al convertirse las ciudades en centros de negocios y residencia estable u ocasional de los

13. JOSÉ A. PIQUERAS (ed.), *Trabajo libre y trabajo coactivo en sociedades de plantación*, Siglo XXI, Madrid, 2009, p. IX.

14. Véanse GLORIA GARCÍA, “Vertebrando la resistencia: la lucha de los negros contra el sistema esclavista, 1790-1845,” M^a DOLORES GONZÁLEZ RIPOLL, *et al*, *El rumor de Haití en Cuba*: p. 234 y MANUEL MORENO FRAGINALS, “Tres tristes plantaciones,” en OSCAR ZANETTI, *Orbita de Manuel Moreno Friginals*, Ediciones Unión, La Habana, 2009, p. 170.

15. ERIC WOLF Y SIDNEY MINTZ, “Haciendas y plantaciones en Mesoamérica y las Antillas,” pp. 516-517. También GLORIA GARCÍA, “Vertebrando la resistencia”, pp. 234-235.

16. JULIO LE RIVEREND, *Historia Económica de Cuba*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1974, pp. 151-157. INSTITUTO DE HISTORIA DE CUBA, *Historia de Cuba. La Colonia, evolución socioeconómica y formación nacional. De los orígenes hasta 1867*, Ed. Política, La Habana, 1994, tomo 1, Anexo Estadístico, p. 475.

grandes propietarios territoriales, ahora *plantadores*, las ciudades fueron modeladas conforme a sus gustos y nivel de opulencia transformándose en símbolos de una determinada organización social.¹⁷

La Habana, en tanto centro administrativo y gracias a su condición de puerto escala -y más tarde de puerto mercantil- era la ciudad más importante de la colonia, donde también tenía su residencia la clase dominante. Una colonia apetecible, que tras la ocupación inglesa retoma la edificación de obras defensivas con la fortaleza de San Carlos de la Cabaña construida entre 1763 y 1774. Al propio tiempo que crece su sistema defensivo, la ciudad en expansión, desborda el recinto amurallado. En ella, convivían el lujo y los espacios comerciales, las cajas de azúcar y mercaderías de todo tipo incluidos los esclavos importados de África. En las primeras décadas del siglo XIX se erigen teatros -Tacán y Villanueva-, cafés -como el Louvre-, bellos paseos -del Prado e Isabel II-, y parques -La India o Isabel la Católica-. En 1837, solo siete años después que Inglaterra, al mismo tiempo que en Francia y once años antes que España, se inauguraba el tramo del ferrocarril La Habana-Bejucal, destinado al transporte del azúcar producido en el valle de Güines hasta el puerto de la ciudad.¹⁸

El complejo urbano -subsidiario de la economía de plantación- dependía a su vez de un significativo número de trabajadores libres y de esclavos domésticos o dedicados a la esfera de los servicios. Para estos últimos funcionaban sistemas de coerción menos rígidos que el de la plantación, pero igual de efectivos.

Moreno Fraguas, al estudiar la sociedad esclavista cubana del siglo XVIII, adelanta como singularidad la "extraordinaria facilidad" con que podían acceder a la manumisión los esclavos, sobre todo en La Habana y las zonas urbanas, en contrapartida a las áreas rurales donde predominaba la plantación." Y sitúa como causa de este fenómeno -distinto también al del resto de colonias inglesas y francesas del Caribe- el propio interés de la oligarquía que encontró en el alquiler de esclavos una fuente remunerativa nada despreciable, vinculada -fundamentalmente- a la labor en la construcción de obras militares y civiles. El resquicio abierto, permitió la especialización de los esclavos en oficios como el de cantero, albañil o carpintero. Una mayor especialización, comportaba a su vez, un aumento del precio del trabajador alquilado y mayores ganancias para el

17. JOSÉ A. PIQUERAS (ed.), *Trabajo libre y trabajo coactivo en sociedades de plantación*, p. X.

18. Al respecto se puede consultar JULIO LE RIVEREND, *La Habana. Biografía de una provincia*, Academia de la Historia, La Habana, 1960 y *La Habana, espacio y vida*, Mapfre, Madrid, 1992. CARLOS VENEGAS, "La Habana Vieja, Patrimonio de la Humanidad," en ANTONIO NÚÑEZ JIMÉNEZ Y CARLOS VENEGAS FORNIAS, *La Habana*, ICI, Madrid, 1986. JOSÉ A. PIQUERAS ARENAS, *La Habana colonial (Visiones y mediciones, 1800-1877)*, Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife, 2006. Sobre el ferrocarril OSCAR ZANETTI Y ALEJANDRO GARCÍA, *Caminos para el azúcar*, La Habana, Ciencias Sociales, 1987.

dueño. De ahí que la “facilidad” se transforme en “institucionalización” donde se entremezclaban lo jurídico y la rentabilidad económica, con un premio final, la libertad. La importancia que fue adquiriendo el sector de negros libres dictó también su declive a partir de las restricciones impuestas en el siglo XIX: fueron suprimidos varios artículos legales que favorecían la coartación, a lo que se sumó la disolución de los batallones de pardos y morenos, su sustitución en oficios -como cocheros y albañiles- y por último, con el pretexto de una conspiración, la liquidación del incipiente sector de negros libres acomodados.¹⁹

Factores culturales y religiosos encontraron una posibilidad de expresión -también a diferencia de otras colonias plantacionistas-, que permitió la recreación de sistemas simbólicos y códigos de comportamiento cotidiano heredados de África, materializados en los cabildos y cofradías religiosas. Tales instituciones jugaron no solo un papel cultural, también destacaron en la consecución de los derechos de los negros tanto libres como esclavos.²⁰

Y en este sentido, Moreno Fraginals alerta sobre los estudios antropológicos que se dirigen simplemente a buscar la subsistencia de “africanismos” en la sociedad para calibrar la inserción de los negros libres en los moldes preestablecidos y añade:

“La cultura urbana de las sociedades del Caribe, como toda cultura, fue recreada y actualizada en relación con las necesidades del grupo, sus interacciones y el uso de sus productos. Y pudiéramos agregar también que fue elaborada, recreada y actualizada en estrecha dependencia con las contradicciones y posibilidades emergentes de la situación económica política y social de las plantaciones.”²¹

La plantación y el azúcar marcaron la estructura económica de la isla. La dependencia del azúcar y la esclavitud acotaron las relaciones sociales y en definitiva la construcción de la nación,²² de ahí la importancia

19. Véanse MANUEL MORENO FRAGINALS, “Peculiaridades de la esclavitud en Cuba,” en OSCAR ZANETTI, *Orbita de Manuel Moreno Fraginals*, pp. 157-164. Ver además PEDRO DESCHAMPS CHAPEAUX, *El negro en la economía habanera del siglo XIX*, UNEAC, La Habana, 1971. FRANCISCO PÉREZ GUZMÁN, *La Habana, clave de un imperio*, Ciencias Sociales, La Habana, 1997.

20. MANUEL MORENO FRAGINALS, “Aportes culturales y deculturación,” en OSCAR ZANETTI, *Orbita de Manuel Moreno Fraginals*, pp. 286-287.

21. *Ibid.*, p. 288.

22. Sobre la “nación hecha por el azúcar” ver JOSÉ A. PIQUERAS, *Sociedad civil y poder en Cuba. Colonia y poscolonia*, Siglo XXI, Madrid, 2006, pp. 48-57. Para los límites del color en la nación consultar ALINE HERLIG, *Lo que nos corresponde. La lucha de los negros y mulatos por la igualdad en Cuba. 1886-1912*, Imagen Contemporánea, La Habana, 2000. ADA FERRER, *To make a free nation: race and the struggle for independence in Cuba (1868-1898)*, Ph. D. Dissertation, University of Michigan, 1995. ALEJANDRO DE LA FUENTE, *Una nación para todos. Raza, desigualdad y política en Cuba, 1902-2000*, Colibrí, Madrid, 2000. TOMÁS FERNÁNDEZ ROBAINA, *El negro en Cuba, 1902-1958. Apuntes para la historia de la lucha contra la discriminación racial*, Ciencias Sociales, La Habana, 1990. OHILDA HEVIA, “1898-1902: la frustración de los negros

de repensar la sociedad colonial examinando los condicionantes más allá de los límites estrictos de la plantación.

Los ensayos recogidos en este dossier aspiran a ello, y nos ofrecen algunos claros ejemplos sobre las recientes líneas de investigación y los nuevos enfoques en lo que a historia de Cuba se refiere. En primer lugar, la tan debatida esclavitud aún encuentra puntos novedosos de análisis. Así, el trabajo de Aisnara Perera y M^a Ángeles Meriño, nos acerca a las organizaciones formadas por negros, como los cabildos de nación surgidos en el siglo XVIII, en los que convivían no solo libres de color sino también esclavos. El estudio de las dos historiadoras cubanas –excelentemente documentado– nos muestra cómo estas organizaciones sirvieron de trampolín –en no pocas ocasiones– hacia la libertad aunque, como también podemos comprobar en él, no fueron éstos los únicos mecanismos de que se sirvieron los esclavos para alcanzar este propósito, entre otros, los testamentos son señalados como una de las vías más recurrentes para el rescate de la libertad. Más allá de la importancia de estos aportes, este artículo replantea también la idea tradicional –y este es uno de sus principales aportes– sobre la dificultad de los esclavos rurales para conseguir su manumisión. Así, dejando hablar nuevamente a las fuentes, las autoras demuestran cómo las cifras totales, no eran tan alejadas de las que exhibían los esclavos urbanos emancipados.

Por su parte, la contribución de Claudia Varella arroja nueva luz sobre la realidad de los “libres de color” en la isla. A través de un lúcido recorrido que arranca desde los inicios de la colonia, la autora nos ilustra sobre lo que significó el binomio color-libre en Cuba durante los siglos XVIII y XIX, las implicaciones que esta condición impuso sobre los individuos, así como las posibilidades que tenían éstos de mejorar su condición social; sin olvidar cuáles fueron algunos de los caminos que transitaron los esclavos para acceder a la libertad o cuáles las razones que explican el número de negros libres existentes en la isla en los siglos coloniales. La comparación con realidades paralelas, sobre todo la brasileña y norteamericana, le sirven para acentuar la particularidad cubana.

Esclavos y tierras van de la mano en el mundo de la plantación. La cuestión agraria y las relaciones socioeconómicas en torno al avance de la industria azucarera encuentran interesantes enfoques en los artículos de Imilcy Balboa y Gerardo Cabrera que igualmente resultan aportes complementarios a las tradicionales visiones de la historia del dulce cubano. Balboa nos sitúa en el campo cubano, en concreto en el *hinterland* agrario habanero de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX. Se trata del

cubanos después de la independencia,” *Revista Universidad de La Habana*, n° 249, 1998, pp. 95-106 y OLGA PORTUONDO Y MICHAEL ZEUSKE (coords.), *Ciudadanos en la nación*, Fritz Thyssen Stiftung / Oficina del Conservador de la Ciudad, Santiago de Cuba, 2002.

momento de máxima expansión de la que, a partir de entonces, sería la principal industria de la isla. En su incontenible avance, el azúcar “devoró” el espacio circundante, en busca de tierras fértiles y cercanas a los puertos de exportación. Los realengos, así como las pequeñas propiedades se vieron afectados por esa necesidad de encontrar “tierras para el azúcar”; no en vano, hasta bien avanzado el siglo XIX cuando la tecnología hizo su aparición en la industria azucarera, la rentabilidad del dulce se cifró en buena medida en la extensión del cultivo (complemento a la mano de obra cautiva). El caso de Guanabacoa, analizado con precisión por la autora, es un claro ejemplo de ello. Por otro lado, el auge de la economía de plantación y la subordinación a ésta de los pequeños predios de cultivo, como demuestra el estudio de Imilcy Balboa, tuvo otra implicación no menos significativa para la economía de la mayor de las Antillas, la intensificación de la importación de los bienes de consumo necesarios para el abastecimiento de la población y, por ende, la conversión de Cuba en una colonia de exportación de materias primas, al menos hasta que acabó el reinado de la plantación bien entrado el siglo XX.

El artículo de Gerardo Cabrera traslada esta problemática al este de la isla. El proceso de reorganización agraria en estas regiones, con una intensidad menor pero igual de importante, ha sido menos estudiado y en este caso, el autor nos ilustra sobre las repercusiones del avance del azúcar en zonas dedicadas a la explotación ganadera. A través de los ejemplos familiares, vemos retratadas las estrategias implementadas por las nuevas “sagas” azucareras para disputar los terrenos a la ganadería y forzar su utilización intensiva de los mismos dedicados a la agricultura comercial. Y en esta carrera se refleja también el peso político que tenían algunas de estas familias y cómo lo utilizaron en su afán por concentrar tierras para la plantación.

Emma Vidal y Yolanda Díaz nos sumergen en las calles de la capital cubana con sendas temáticas igualmente poco estudiadas hasta ahora. La remodelación y defensa de la ciudad adquieren importancia en la misma medida que crece la relevancia de la colonia a partir del despegue azucarero. El trabajo de Vidal sobre urbanismo y fortificación de la ciudad en los años finales del siglo XVIII, coincidiendo con la llegada a la isla de la nueva figura del Intendente, nos ilustra sobre los entresijos de la administración colonial. Las disputas de éste con el Capitán General le sirven a la autora para demostrar cómo a veces la seguridad de la ciudad podía convertirse en una fuente de conflictos, llegando a entorpecer en muchos casos, las obras de fortificación, aunque éstos se resolvían antes cuando se trataba del embellecimiento de la ciudad. Mientras Díaz se adentra en el submundo de la marginalidad en una ciudad boyante como era La Habana de comienzos del siglo XIX. No obstante, aunque el ensayo se centra en el ámbito urbano capitalino, las referencias al campo

y al mundo que “rodeó a la plantación” aparecen necesariamente en su argumentación pues, de nuevo la industria azucarera y su corolario, la esclavitud, sirvieron como marco de referencia para definir las políticas de contención social. El delito se pintó así de color negro y las restricciones y sanciones adquieren categoría económica cuando ante la necesidad de brazos para la agricultura se trata de englobar a los marginados del sistema en el concepto de vagos y forzar así su reubicación laboral.

Cerramos el dossier con un texto dedicado a la reorganización del mercado de trabajo en la coyuntura del cambio de soberanía. El mundo obrero es otro de los temas estrella en la historia tradicional cubana de las últimas décadas del siglo pasado, avivado al calor de la revolución socialista de 1959. Y, de nuevo, a pesar de los numerosos trabajos que sobre él existen, investigadores como Amparo Sánchez nos ofrecen otras formas de ver la cuestión. El ensayo nos acerca al papel jugado por los anarquistas españoles, que vieron en la independencia de Cuba una oportunidad única para reorganizar a la clase trabajadora y propagar la ideología libertaria. Como demuestra Sánchez, la contribución de los anarquistas españoles en ese sentido resultó fundamental, a través de la puesta en marcha de empresas prácticas variadas que abarcaron desde la proselitización y propaganda hasta la educación.

En suma, presentamos a los lectores un repaso novedoso de la sociedad insular más allá del mundo de la plantación, pero cobijada bajo su sombra e igualmente impregnada –y determinada- por el azúcar.